

CÓMO SE PURIFICA LA FE.

1 Pedro 1:7 “**para que la prueba de vuestra fe, más preciosa que el oro que perece, aunque probado por fuego, sea hallada que resulta en alabanza, gloria y honor en la revelación de Jesucristo**”.

Hemos sido salvos por medio de la fe, y para fe. Para poder caminar en el Señor, primeramente necesitamos la fe por medio de la cual somos salvos. La fe llega sutilmente a nuestras vidas, al punto que llegamos a pensar que el creer es de nosotros, sin embargo, dice Efesios 2:8 “**Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios**”. El apóstol Pablo nos dice que la fe es lo primero que Dios ofrece a todos los hombres para poder ser salvos. Nadie puede creer en Dios de manera efectiva, si antes no recibe la fe, ahora bien, es decisión de cada hombre aceptar ese don de Dios, y ejercerlo para poder creer en Jesús como su Salvador. La fe salvadora es el primer eslabón que se da entre Dios y el hombre. La fe es similar al salvavidas que le es lanzado a un naufrago moribundo en el océano, no sólo con la idea de que no se ahogue, sino también para poder subirlo al barco que lo puede llevar a tierra firme. Así nos sucede a nosotros cuando el Señor nos da la fe, no sólo nos salva por medio de ella, no sólo nos rescata de este mundo que nos ahoga, sino que también es capaz de meternos en la esfera del Reino de Dios hasta que alcancemos lo que Él se ha propuesto para nosotros.

La fe, por lo tanto, podemos decir que es la manera en la cual Dios empieza a operar en el hombre. Dios nos da la fe, lo único que Él no puede ejercerla por nosotros. Ciertamente Dios nos da la gracia para creer, pero somos nosotros los que tomamos la decisión de usarla, o de no usarla. Dios un día nos juzgará a los hombres bajo esta premisa: Él nos envía la fe, y nosotros decidimos creer en Él o rechazarlo.

Los que hemos nacidos de nuevo, es decir, los que hemos sido engendrados por Dios, somos aquellos que un día decidimos aceptar la fe como la semilla divina que se implantó en nuestros espíritus. Por la gracia de Dios ahora somos gente regenerada, somos una nueva creación de Dios, por lo tanto, debemos seguir desarrollándonos por medio de la fe. Esto lo confirma Romanos 1:17 “**Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá**”.

Tenemos que estar conscientes que la Vida en el Señor inició en nosotros desde el día que nos dieron la fe, y que dicha Vida se desarrollará únicamente si hacemos uso de ella. Hace algún tiempo atrás les compartí acerca de estas cosas, y para referirme a la fe inicial que necesitamos para recibir a Cristo usé el nombre de “fe salvadora”, y para referirme a la fe que nos ayuda a desarrollarnos usé el tema de “la fe activa”. En realidad la fe salvadora y la fe activa son la misma “fe”, sólo que usamos esos nombres por asuntos pedagógicos.

En esta ocasión quisiera hablar siempre acerca de la fe, pero bajo el punto de vista de lo que leímos al inicio en la primera carta del apóstol Pedro. La idea que nos quiso dar a entender el apóstol es que la fe debe ser probada, tal como es acrisolado el oro para que alcance pureza. Para entender bien esta figura debemos entender lo siguiente: la fe en sí misma no puede ser perfeccionada, ni purificada, porque ella proviene de Dios, por lo tanto es perfecta. Ahora bien, si la fe es como el oro, tenemos que entender que este metal se encuentra debajo de la tierra, en el lodo. Cuando los mineros extraen el oro de la tierra, rara vez encuentran una pepita de oro, la mayoría de veces tienen que escarbar en la tierra, pasarla por un proceso de lavado, hasta que poco a poco van apareciendo partículas de oro. Ya que tienen el oro en partículas, lo meten al crisol, y lo purifican, de tal modo que el oro pierde las impurezas en las que se encontraba. No es que el oro en sí mismo esté sucio, o alterado, sino que estuvo rodeado de

otros minerales que no eran oro, por lo tanto, deben meterlo al crisol para que se separe de él lo que no es oro. Bajo este argumento debemos entender lo que nos dijo el apóstol Pedro en cuanto a la fe.

La fe en nosotros es igual al ejemplo del oro. La fe que nos dieron al inicio (la fe salvadora) llegó a nuestro espíritu en un estado puro, pero luego empezó a moverse hacia nuestra vida natural, en otras palabras, empezó a rodearse de todos los aspectos de nuestra alma, de modo que la fe perdió su pureza. Es igual al ejemplo del oro que está enterrado, no es que éste deje de ser oro, pero se rodea y se adhiere a otros minerales que no son oro. En nosotros la fe deja de ser pura, no porque ella en sí misma se contamine, sino porque nuestra creencia en Dios está plagada de muchas cosas que no son fe.

El Señor en una ocasión dijo: "***Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil***" (Marcos 14:38). El Espíritu Santo habita en nuestro espíritu, allí está la perfección de Dios, allí todo es puro; el problema es que en nuestra experiencia natural no podemos permanecer en esa dimensión todo el tiempo, pues, deberíamos vivir dedicados a estar en contemplación, lo cual es imposible. Nosotros como seres humanos debemos vivir con toda normalidad en este mundo físico en el que habitamos. De igual manera debemos hacer uso de nuestra alma, es decir, de nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestra voluntad. No es congruente, ni correcto suprimir nuestra alma, así como tampoco nuestras necesidades y funciones físicas. Lo que nosotros debemos hacer para desarrollarnos en el Señor es ejercitarnos en la fe, de esta manera la Vida divina va a echar raíces en todo nuestro ser, al punto que viviremos bajo el efecto de la naturaleza de Dios. Si permitimos que Dios crezca en nosotros, nuestro corazón se va a apegar a Su voluntad, de modo que vamos a vivir para hacer lo que Él quiere. Si ejercemos fe, un día todo nuestro ser: espíritu, alma y cuerpo vivirá entregado totalmente para Dios. La Vida plena que debemos alcanzar en Dios es que un día amemos lo que Él ama, y aborrezcamos lo que Él aborrece.

El apóstol Pablo dice en Gálatas 2:20 "***Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí***". El apóstol Pablo tiene conciencia de que la fe tiene que ser utilizada por el creyente para que Dios se convierta en su experiencia de vida en este mundo en el que vivimos. El problema es que, debido a nuestro ser caído (tanto a nivel del alma, como del cuerpo) en el cual habitamos, la fe se llena de impurezas.

Hay una versión de la Biblia que traduce de la siguiente manera 1 Pedro 1:5 "***A quienes el poder de Dios por medio de la fe protege para salvación, por lo cual rebosáis de alegría; aunque sea preciso que todavía por algún tiempo seáis afligidos por diversas pruebas, a fin de que la calidad probada de vuestra fe ...***". Definitivamente el apóstol Pedro fue un hombre contemplativo, por lo tanto, le enseñaron a la Iglesia a tener una vida contemplativa. Las palabras que el apóstol Pedro usa en este verso tienen una connotación hacia la vida contemplativa. La idea que nos está dando en este verso es de alguien que está acuartelado, o protegido en un ciudad amurallada. Lo que podemos entender es que por medio de la fe podemos estar "protegidos" en Dios, tal como el Salmo 46:1 "***Dios es nuestro amparo y fortaleza...***". Pedro está refiriéndose a aquellos creyentes que ejercen fe, y que por medio de ella logran salir de lo natural para ser protegidos en los celestiales, en Dios. Los resultados de una vida de fe es que vamos a rebosar de alegría.

Ahora bien, es necesario poner atención a las palabras del apóstol Pedro, cuando él se refiere a: "... ***la calidad probada de vuestra fe...***". Estas palabras hay que entenderlas y explicarlas con fineza, porque no se puede purificar algo que es puro; no se puede perfeccionar la fe que proviene de Dios, pues, Él es perfecto. En realidad a lo que se está refiriendo es a la

purificación que debe experimentar la fe ya mezclada en nuestro ser. Como dijimos al inicio, el Espíritu de Dios es depositado en forma pura en nuestro espíritu, sin embargo, cuando las virtudes divinas fluyen a nuestra alma, se mezclan con nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, y nuestra voluntad, de modo que vuelven imperfecto lo de Dios. El apóstol Pedro nos advirtió que tuviéramos cuidado con los indoctos e inconstantes, pues, tueren las Escrituras, para su propia perdición (2 Pedro 3:16). La Escritura es perfecta, pero una mente reprobada es capaz de torcerla. Hay otros creyentes que se aferran a una visión, o a una experiencia mística en la cual Dios les habló, y por mal interpretarla se extravían del camino de la Vida. Hay muchos predicadores ambiciosos que predicen mucho acerca de Abraham, de Isaac, de David, de Salomón, etc. y su mensaje es: “*Si Dios hizo millonarios a sus siervos, sírvale a Dios y usted será millonario*”. Es fácil agarrar contextos bíblicos aislados, y en especial, del Antiguo Testamento, para poder afirmar cualquier idea que a alguien le venga en gana. Esto es prueba que lo de Dios en el hombre se contamina, y no porque las virtudes divinas en sí mismas se degraden, sino porque nuestra humanidad imperfecta y caída las ensucia.

Hermanos, nosotros somos humanos, y vivimos en un mundo físico, pero Dios en Su misericordia quiere habitar en nosotros en nuestra experiencia natural. Dice Efesios 3:16 “**para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; v:17 para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor**”. Dios quiere habitar en nuestros corazones porque es la única manera en la cual la Vida divina se volverá nuestra experiencia. En otras palabras, Dios no sólo quiere habitar en la parte más profunda de nuestro ser que es nuestro espíritu, sino que Él quiere ser nuestra experiencia de vida, Él quiere habitar y gobernar nuestros corazones. Esto es como el buen perfume, puede pasar durante mucho tiempo sin usarse, pero como está contenido en un envase sumamente sellado, conserva todas sus cualidades. Ahora bien, si el perfume sale del frasco y se mezcla con nuestra piel, éste, con el paso de las horas va a empezar a evaporarse hasta que su olor sea imperceptible. Así es la Vida de Cristo en nosotros, una cosa es poseerla en nuestro espíritu, y otra es convertirla en nuestra experiencia de vida. Acerca de esto el apóstol Pablo decía: “**Porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden; a éstos ciertamente olor de muerte para muerte, y a aquéllos olor de vida para vida**” (2 Corintios 2:15-16). A algunos se les percibe más que a otros la Vida de Cristo, ¿Por qué esto es así? En realidad, todos tenemos en nuestro espíritu la misma cantidad y calidad de Vida divina, eso no cambia para nadie, a todos nos dieron a Cristo; esto lo podemos leer en Juan 3:34 “**Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla; pues Dios no da el Espíritu por medida**”. Dios no nos dio Su Espíritu por medida, es decir, no nos dio una o dos porciones de Él, sino a todos nos dio lo mismo: “*Su Espíritu*”. La diferencia entre un creyente y otro no es lo que tienen de Cristo, sino cuánto de Él es su experiencia de vida. Con el ejemplo del frasco de perfume podríamos decir que a todos nos dieron la misma cantidad de perfume, la diferencia se da a la hora de aplicarlo, el que se echa bastante va a emanar mucho olor, y el que se echa poco, poco se le percibirá el olor. Así sucede entre los creyentes, hay unos que tienen a Cristo y huelen a Cristo; mientras que hay otros que tienen a Cristo (en su espíritu) pero tienen olor de muerte, parecen cualquier cosa, menos hijos de Dios; en éstos Cristo no vive en sus corazones, sólo lo tienen en su espíritu pero no es su experiencia de vida.

La fe es la virtud divina que hace posible que la Vida de Cristo se convierta en nuestro vivir. Es necesario por lo tanto, que esa fe sea purificada de todas las programaciones emocionales que conforman nuestro “yo”, y que la aprisionan sólo a la dimensión del espíritu. La fe debe ser purificada, así como se limpia de toda contaminación el metal precioso del “oro”. Hoy en día escuchamos que hay oro de 24 quilates, de 18 quilates, etc. El oro puro tiene 24 quilates. El oro de primera ley, o conocido como oro de 18 quilates (18/24) por cada 24 partes en peso

de la aleación, 18 de ellas son oro puro y las restantes son otros metales, que típicamente son plata y cobre, que le dan la dureza y el color ideal para terminados de joyería. El oro de segunda ley, es conocido como oro de 14 quilates (14/24); es decir que por cada 24 partes en peso de la aleación, 14 de ellas son oro puro y las restantes 10 de ellas son otros metales. La cantidad de partículas de oro no dejan de ser oro puro, sólo que tienen aleaciones con otros metales, que le evitan ser oro puro. A esto se refiere el apóstol Pedro al decir que el metal de nuestra fe debe ser purificado. Lo de Cristo en nuestro espíritu es puro, santo, y perfecto; el problema radica en nuestra alma, pues, allí somos tan sucios y corruptos como los incrédulos.

Tengamos cuidado de nuestra alma, porque uno de sus peores males es el apego a la religión. Ella busca ser religiosa, y es más, si todo a nuestro alrededor está bien, ella se siente complacida con lo de Dios, pero si las cosas marchan mal, entonces, murmura y se rebela contra Dios. ¡Cuidado! No dependamos de nuestra alma, porque en los tiempos de mayor relajación pueda ser que estemos más lejos de Dios. Por causa de nuestra alma es que nuestra fe debe ser purificada, porque aunque tengamos la Vida divina en nuestro interior, hay mucho de nosotros que la contamina.

En estos últimos años, el Señor, en Su grande misericordia ha purificado nuestra doctrina, nos ha sacado de la religión evangélica, y nos ha depurado de muchas cosas más, pero no creamos que por eso nuestra fe ya fue purificada como el oro de 24 quilates. Aún debemos disponernos a ser purificados. Pueda que a estas alturas ya no nos llame la atención la doctrina de paz, poder y prosperidad; pueda que ya no necesitemos milagros para creer en Dios (aunque no estoy en contra de los milagros, pero no los necesito para creer en Dios). Pueda que no necesitemos que Dios nos haga millonarios, pueda que ya no deseemos un gran Templo para reunirnos, pueda que ya no nos sintamos nostálgicos por no tener un pastor a la manera evangélica, etc. Es cierto, ya fuimos depurados de muchas cosas religiosas, pero ante la lupa divina, aún necesitamos ser purificados en cuanto a la fe.

Ante los ojos de Dios aun nuestra fe no es 100% pura, porque aun hacemos ciertos tratos con Él. Como les decía anteriormente, algunos no esperan que Dios los haga millonarios, pero seguro que han convertido en su lema el pasaje de *Proverbios 30:8* “...**No me des pobreza ni riquezas; manténme del pan necesario**”; muchos no se dan cuenta que detrás de estas palabras de Salomón hay un corazón ambicioso aunque solapado, un corazón que está haciendo negocios con Dios. Si hacemos nuestras las palabras de este verso, siempre le estaremos pidiendo algo a Dios para creer en Él, y cuando llegue el tiempo de la pobreza vamos a flaquerar en nuestra fe. La fe de alguien que esté anclado a *Proverbios 30:8* no es una fe de 24 quilates, talvez ya no es una fe de 4 quilates, pero aún no es pura. ¿Qué cosas necesitamos que Dios no nos deje de dar para creer en Él?, ¿Seguiremos teniendo fe si un día Dios nos quita el trabajo, o los hijos, o el cónyuge? ¿Qué tan pura es nuestra fe?. Permitámosle al Señor que trate nuestra alma, ella es la que llena de impurezas la fe que nos fue dada el día que creímos en Jesús.

Me sorprendió como la palabra “fe” aparece en numerosos capítulos de la Biblia, pero *1 Pedro 5* es uno de los capítulos en los que aparece más veces, aparece 4 veces en los v:5, 7, 9 y 21. Para ir concluyendo quisiera compartir lo que dice *1 Pedro 5:21* “**y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios**”. El Señor quiere llevarnos a alcanzar una fe pura, y esa la alcanzamos cuando nuestra fe está puesta únicamente en Él. La fe pura es aquella que no necesita de ningún aditivo natural para creer y disfrutar a Dios. La fe pura nos lleva a una comunión directa con Dios. Si aún necesitamos ánimos para buscar a Dios, aún nuestra fe no es de 24 quilates, no es pura.

¿Ha pensado usted en qué consiste la vida del hombre? Alguien dijo: “*La vida es el proceso de la muerte, al nacer empezamos a morir*”. Tal pensamiento no está lejos de la realidad, la vida natural nos encamina a la muerte. Todo lo que obtenemos en esta vida, tarde o temprano lo perderemos. Por algo Dios dijo: “**“Delante de las canas te levantarás, y honrarás el rostro del anciano, y de tu Dios tendrás temor. Yo Jehová”**” (Levitico 19:32). Cada vez que veamos a un anciano reflexionemos en la vida, no ignoremos que ese es el final de nuestro camino. El tiempo poco a poco nos va quitando todo lo que nos dio, hasta que entregamos lo último: el aliento de vida.

Yo en mi niñez, y mi juventud siempre aborrecí bañarme, porque viví en la capital de Guatemala, lugar donde el agua es sumamente helada. Mis padres nunca pusieron calentadores de agua, sino que nos bañábamos con el agua a temperatura ambiente. Recuerdo que mis padres se bañaban primero, pero tras ellos teníamos que bañarnos nosotros, y eso siempre me martirizó la vida. Cuando ellos llegaron a una edad mayor pusieron agua caliente para bañarse; pero hace unos días, me quebró el corazón escucharle a mi padre decir que una de las cosas que más detesta a esta edad es bañarse, y no porque no le guste asearse, sino porque a causa de la debilidad física de su cuerpo le es sumamente incómodo y doloroso tener que ducharse. Mientras lo escuchaba, en mis adentros me puse a meditar y a tomar lecciones.

Hermanos, así es la vida, pasajera y efímera. Bueno es que en nuestro interior nos empecemos a despojar de ella, bueno es que le cedamos nuestra vida al Señor, porque de todos modos aunque no la entreguemos, un día se nos acabará. Saquemos de esto lecciones importantes, perdamos interior y voluntariamente nuestra vida, y dejemos que nuestra fe sea purificada. Que no sea necesario recibir o esperar algo de Dios para mantener nuestra fe y nuestro deleite en Él.

Quiero predicar en mi Ministerio a un Dios silencioso, a un Dios que no hace “algo”, a un Dios que está pero no cambia las cosas. Quiero predicar el Evangelio que Nohemí le predicó a su nuera Rut, una mujer a la que Dios trató severamente quitándole a su marido y a sus dos hijos, sin embargo, Rut se enamoro de ese Dios, y con una fe pura se fue con su suegra para conocer más de Él. Que hermosas palabras las que dijo Rut: “**“No me ruegues que te deje, y me aparte de ti; porque a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios”**” (Rut 1:16). Esta mujer conoció a Dios sin intereses propios, sólo con una fe pura.

Hermanos, no es que Dios no haga milagros, sí los ha hecho, los hace, y los hará. Alabémoslo cuando sucedan; sólo tengamos en cuenta que no sucederán todo el tiempo. No le estoy diciendo que se cierre a recibir bendiciones materiales de parte de Dios, sólo que no ponga en ello su fe. Que nuestra fe sea purificada, así como probaron la fe de Job; un hombre al que Dios le quitó todo, pero en medio de la nada “**“...se levantó, rasgó su manto, rasuró su cabeza, y se postró en tierra y adoró, y dijo: Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito”**” (Job 1.20–21). Permitámosle al Señor que nos encamine hacia una fe pura, y que así podamos experimentarlo a Él, cualquiera que sea la circunstancia de la vida. ¡Amén!